

Origen, espiral y alienación

Kepa Aulestia

Nacido en 1956, Kepa Aulestia militó en ETA hasta la amnistía de 1977. A partir de esa fecha se incorporó a Euskadiko Ezkerra, de la que fue secretario general entre 1985 y 1990. Entre 1986 y 1994 fue diputado en el Congreso de los Diputados y miembro del Parlamento Vasco. Participó en la elaboración y firma del Pacto de Ajuria Enea. Es autor del libro *Días de viento sur. La violencia en Euskadi*.

En la actualidad compagina su actividad profesional con su labor como articulista y comentarista político.

El texto “Origen, espiral y alienación” constituye un intento de interpretación del problema de la violencia partiendo de una idea básica: *la violencia es más la causa que la consecuencia*. La violencia surge en la historia reciente del País Vasco por voluntad de un grupo residual de personas que logran activar la espiral acción-represión en la década de los sesenta. Dicha espiral transita de la dictadura a la democracia, pasando de constituir una realidad vivida por un amplio número de personas, a ser la dinámica que cohesionaba al grupo social alienado por la violencia. Ésta pasa de ser un instrumento en manos de sus protagonistas a adueñarse de la voluntad de éstos, provocando una transgresión ideológica y una producción ética que terminan generando y dando cohesión a *una sociedad dentro de la sociedad*.

ORIGEN

La aparición de la violencia en la historia reciente de los vascos se asemeja más a una casualidad histórica que a un destino inevitable. Aunque hablar de casualidades después de centenares de asesinatos puede sonar a una broma de la perversidad, nada que ocurriera aquí durante los años cincuenta o sesenta ofrece —desde una perspectiva histórica— circunstancias que hicieran inevitable la aparición de un foco de violencia, y ni siquiera condiciones que hoy pudiéramos considerar propicias para la aparición de ese foco. Podríamos plantearnos la cuestión de esta otra forma: ¿hay hoy en Euskadi condiciones que expliquen la existencia de la violencia ajenas a la existencia de la propia violencia? Nadie medianamente informado podría presentar ninguna razón que no pudiéramos trasladar a cada rincón del hemisferio norte. Pues bien, en ese sentido las circunstancias no eran muy distintas durante los años cincuenta y sesenta. Por eso, no sería exagerado afirmar que la violencia generada por ETA parte más de cero que muchas otras presentes en la Europa de los últimos treinta años.

En contra de lo que la apologética al uso nos viene diciendo, el puñado de activistas que se inició en el empleo de explosivos y más tarde de armas cortas en Euskadi no había recibido de sus antepasados la sacrosanta misión de vengar la derrota sufrida frente al alzamiento franquista. Más bien al contrario, fueron ellos los que creyeron encarnar dicho papel como un reproche a la pasividad mostrada por sus mayores, quienes estaban obligados a secundarlos, sometidos al chantaje moral a que el hijo emprendedor somete a sus conformistas padres. No hay antecedentes en la historia de Euskal Herria que expliquen la violencia de los últimos treinta años como la actualización de un comportamiento social irredento más palpable en nuestro caso que entre quienes nos rodean. Ni siquiera el nacionalis-

mo tradicional —cuya versión sabiniana deja tanto que desear— podría considerarse la causa que produce semejante efecto.

Por eso mismo, cabe construir una ucronía, una ficción sobre nuestro pasado reciente exento de violencia. Imaginemos que en los albores de ETA aquel grupo inicial que surgió criticando el activismo y la falta de reflexión de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco (EGI) hubiera optado por seguir en la reflexión. De hecho, la discusión sobre la idoneidad o no del uso de las armas, y sobre el poder que alcanzaban quienes en el seno de ETA las poseían, fue una constante durante la segunda parte de los años sesenta y la primera parte de los setenta. J.M. Garmendia en su *Historia de ETA* recoge el testimonio de un debate al respecto. La crítica a las armas estuvo presente durante los años setenta también desde sectores que —aun compartiendo el discurso de ETA— creían más en la fuerza regeneradora de las manifestaciones de cultura propia, algunos de los cuales —curiosamente— volvieron a secundar el uso de la violencia tras la recuperación de la democracia.

El uso de la violencia aparece como la manifestación de ruptura por excelencia. Su presencia tan sólo como intención supone ya una quiebra con la pasividad. El uso de la violencia autentifica lo nuevo. Dentro del tránsito generacional, son los hijos quienes tratan de engañar a sus padres. La violencia representa un aval de autenticidad, que no surge como consecuencia de una determinada efervescencia social sino que, muy al contrario, surge frente a la pasividad con la misión histórica de provocar dicha efervescencia. La impaciencia de quienes no ven autenticidad revolucionaria en la espera de que se desarrollen espontáneamente las condiciones sociales para la revolución se une a la reacción frente a quienes aparecían en el nacionalismo en actitudes demasiado pasivas. El surgimiento de la violencia no es ajeno a la moral activista que durante aquellos años se va extendiendo en amplios sectores de la juventud, más precavida ante los *pecados de omisión* que ante una acción desalmada. Desde que aparece, la violencia de ETA no es el mero reflejo de una ideología —el nacionalismo—, sino que circula a su par y por lo general es ella la que termina condicionando el ideario nacionalista.

La violencia pretendía ser lucha armada, un instrumento al servicio de unos ideales. Al principio trataba de subrayar esos ideales, llamando la atención, utilizando técnicas de propaganda armada que por sí misma en poco afectaba a la naturaleza de sus objetivos últimos. Sobre todo se trataba de hacer notar que ahí había algo, una voluntad resuelta, un ánimo de ruptura con el pasado de una resistencia que no se resistía. La ingenuidad quedó manifiesta en el

atentado contra un tren el 18 de julio de 1962. Aquella acción rompía con las mínimas normas que todo grupo de insurrectos debe seguir para mantenerse vivo: no hacer nada que atraiga una represión de nivel superior al que el grupo está en condiciones de soportar. Pero al mismo tiempo encendió la chispa de la espiral violenta; una chispa que tardaría en prender, pero que se convertiría en el núcleo de la violencia que ha llegado hasta nuestros días.

Llegó un momento en que lo que pretendía ser un instrumento al servicio de otros objetivos se fue adueñando de la voluntad de quienes lo empleaban, anulando la existencia central de esos objetivos y convirtiendo el uso de la violencia en el elemento nuclear de la existencia de ETA. ¿Cuál fue ese momento? No es fácil situarlo en el tiempo; e incluso resultaría engañoso hacerlo. Entre otras cosas porque ese fenómeno no afectó a todo lo que se movía en torno a las siglas ETA en el mismo momento. El uso de las armas era discutido hasta que se convirtió en indiscutible. Ése fue el momento.

Interpretar a ETA desde la ideología constituye un error, que en algunos casos parece paliarse por efecto del oportunismo. Analizar ETA a través de sus documentos puede llevar a conclusiones excesivamente parciales. Estudiar la cuestión desde los hechos y desde los impulsos más primarios o inerciales de sus protagonistas, de aquello que de común podemos hallar entre sus diversos protagonistas, resulta más certero. Al fin y al cabo, los hechos de la violencia van tan por delante del discurso que la segunda, que son los hechos los que terminan conformando la auténtica ideología.

ESPIRAL

La espiral acción-represión-acción no constituyó una teoría, sino un descubrimiento. La *acción* resultaba tan minoritaria que la *represión* se volvía inmediatamente indiscriminada: ampliaba el eco de la *acción*, redoblabla su importancia y generaba una corriente de simpatía que —a través de un sentimiento antirrepresivo— lograba reconfortar a la minoría activista. La espiral alcanzó su radio de acción más amplio entre el proceso de Burgos y los fusilamientos de septiembre de 1975. En esos años —que fueron también los últimos de la vida de Franco— el número de activistas experimentó un gran crecimiento, que se mantendría durante el período inmediatamente anterior a las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977. El movimiento surgido en torno a ETA —y que podríamos identificar con lo que entonces se denominaba *izquierda abertzale*— se dividió ante la convocatoria de aquellas elecciones, y vería agravarse el cisma

tras ellas. La ruptura se produjo respecto a la participación en el proceso electoral: un sector respondió positivamente —la Euskadiko Ezkerra de entonces— mientras que quienes meses más tarde darían lugar a la constitución de Herri Batasuna preconizaron la abstención activa. Pero sin duda la ruptura más importante se produjo tras la lectura de los resultados electorales del 15 de junio de 1977. Aquellos resultados dejaron en evidencia la endeblez del proyecto que había ido tomando cuerpo en torno a la espiral violenta. La voluntad ciudadana depositó su confianza en los dos partidos históricos, PSOE y PNV. A la izquierda abertzale le quedaban dos únicas salidas: reconocer en dicho resultado una sociedad real distinta a la que ella había imaginado, o negar la evidencia e imaginarse el nuevo tiempo como una mera prolongación del pasado. Esta segunda opción, la de la frustración y el empecinamiento, logró reactivar la *espiral violenta* como la recreación de un conflicto que se retroalimentaba dentro de los límites de esa parte de la izquierda abertzale.

La lógica extrañeza y la consiguiente preocupación por las causas que han podido propiciar el tránsito de la violencia desde un sistema dictatorial a otro de libertades, agravadas por el hecho de que ha sido en democracia cuando la violencia ha mostrado su faz más terrible, han desviado la atención de no pocos estudiosos del tema —muchos de ellos bienintencionados— hacia aspectos relativos a los déficit de la transición. Pero las explicaciones hay que hallarlas en las condiciones en que la espiral llegó al final del franquismo, en sus condiciones materiales, humanas, en la amplitud que alcanzaba el radio de acción de la espiral en esos precisos momentos. Más que en el modo en que se produjo la transición, las explicaciones se encuentran en el modo en que ésta fue preparada primero y confrontada después por la espiral violenta.

El elemento “represión” del binomio de la espiral violenta —o sus análogos opresión y marginación— puede no basarse en una realidad objetiva, en la existencia de una violencia institucional que traslada los efectos del uso de la fuerza del Estado al conjunto de la sociedad o a una parte significativamente amplia de la misma (al conjunto de una minoría étnica o de pensamiento, por ejemplo). Puede basarse en una percepción subjetiva e interesada: en la generalización recurrente de *lo que a mí me pasa* convertido en *lo que nos pasa a nosotros precisamente por querer ser nosotros*. Así se extrapolan los límites y déficit de la democracia —reales o supuestos— hasta deslegitimar el sistema en su totalidad. Se agrupan las injusticias de todo género hasta conformar un *mix* sincretista en el que todo vale, lo uno y su contrario, para avalar la propia existencia.

Incluso la dinámica acción-condena-acción-condena puede derivar en un bloqueo que en sus efectos contribuya a mantener la situación de violencia en la medida en que persista la voluntad de ejercerla.

En el pasado más reciente esta espiral se ha vivido en un terreno tan incomprensible como el de las concentraciones y contra-concentraciones. Con el secuestro de Julio Iglesias Zamora los violentos comprendieron que perdían terreno frente a una sociedad movilizada. Con el secuestro de Aldaya se atrevieron a responder a las concentraciones en pro de su liberación a base de contra-convocatorias que recordaban la situación de los presos, estableciendo ese paralelismo que de forma descarada trataba de justificar lo injustificable —el secuestro y larguísimo cautiverio de Aldaya— por la existencia de una injusticia previa y superior: la que soportaban los presos. La *socialización del sufrimiento* comenzó a tomar sentido en el ánimo transgresor de los violentos. Al fin y al cabo, el verdugo precisa sentirse víctima para soportarse en su oficio. Partícipes de esa misma necesidad, quienes secundan al verdugo tratan de convencerse a sí mismos de dos bárbaras mentiras: en primer lugar, tratan de hacerse la víctimas; en segundo lugar, pretenden liberarse del dolor que dicen soportar transfiriendo ese dolor al resto de la sociedad. Es decir, pretenden hacer partícipes de su *particular espiral* de acción-represión a otros ciudadanos contra los que están dispuestos a ejercer de represores.

Mucho antes, a principios de los años ochenta, se habló de *ulsterización* y de *libanización* de Euskadi. La democracia parecía sostenerse sobre sus propios pies, y sin embargo la violencia persistía. Sus efectos estaban siendo devastadores para la sociedad vasca, dividida por el drama que el terror causaba. La violencia parecía enquistarse como problema, y su fuerza resultaba tal que fracturaba la convivencia social o la coexistencia de las opciones políticas obligando al país en su conjunto a tomar postura ante la ignominia. Aquella parcelación del terreno social y del escenario político logró darle la vuelta a la máxima de Von Clausewitz, de tal suerte que en Euskadi la política comenzó a operar como si en realidad se tratase de *una prolongación de la guerra por otros medios*. Fue el preludio de lo que ahora, y después de tantos intentos y logros unitarios, resulta un espectáculo cotidiano: el lugar común hacia el que las formaciones políticas concurren para descansar del hastío que debe producirles el consenso cuando lo practican inmoderadamente.

La interiorización de la espiral ha dado lugar a un movimiento inercial que ha llegado a constituir un *sistema sin interruptor*, que carece de mecanismo alguno para parar, para tomar otra decisión

que no sea la de seguir adelante. Podemos representar la dinámica violenta como un circuito eléctrico alimentado por un generador de perfiles tan inciertos que llegan a confundirse con el propio circuito. Desde 1974 ETA no ha celebrado ninguna de esas asambleas con que fue apellidándose en el pasado. Desde esa fecha, cada vez que se ha visto obligada a renovar los componentes de su dirección lo ha hecho sustituyendo a los titulares por suplentes designados por los propios titulares. La toma de decisiones no ha sido tal, sino una escalada de acciones impulsada por la inercia violenta, condicionada por la posesión de una mayor o menor información sobre sus posibles objetivos, y por una capacidad operativa mermada a veces y economizada otras. En tanto que la violencia fue adueñándose de la voluntad de sus protagonistas, fue conformando ese *circuito sin interruptor*, esa dinámica infernal cuyo final no es contemplado por sus actores ni como remota posibilidad. Y lo que es peor, conformando unas estructuras diseñadas para la perpetuación de la violencia en tanto que incapaces de hacer parar la espiral. La aparición de la denominada *violencia difusa* asemejaría el campo magnético generado por el circuito, de efectos menos controlables aún.

Pero el gran logro de la espiral violenta fue la gestación de una *sociedad dentro de la sociedad*; una especie de *Estado dentro del Estado*. La estrategia del *contrapoder* se ha hecho realidad en una versión jamás imaginada por el leninismo, de tal forma que un sector nada despreciable de la sociedad vasca se ha ido conformando como una sociedad aparte que, eso sí, disfruta de los beneficios de la sociedad democrática al tiempo que reniega de ella. Miles de personas que viven instaladas en la esquizofrenia de disfrutar del sistema de libertades más amplio de Occidente, participando a la vez del placer que debe producir negar esa evidencia hasta el extremo de procurar o aplaudir la muerte del prójimo. Han alcanzado su meta. Y en tanto han descubierto que el *contrapoder* es una realidad ya, no tienen ninguna necesidad de ir más allá de lo conquistado, ni es fácil que desahgan el mundo que hasta ahora han construido a cambio de reconocer la necesidad de ese otro mundo en el que todos puedan reconocerse.

ALIENACIÓN

La violencia penetra en el cuerpo social vasco provocando una transgresión ideológica y segregando una ética que le permite acomodarse en la conciencia de numerosos ciudadanos. Se presenta la violencia como hecho enigmático o sublimado, cuyas raíces se encuentran en lo más profundo de la insatisfacción histórica de los vascos; como

reacción lógica a la existencia de una injusticia que no permite otra respuesta que la utilización de las armas como palanca que trata de levantar la losa que pesa sobre las ansias de libertad del pueblo vasco. O se explica como el chispazo que brota de la fricción existente entre Euskadi y España, entre nosotros y los otros; como expresión del contencioso, porque el propio contencioso se basa en una relación desigual en la que el débil demanda una respuesta positiva por parte del fuerte, demanda que nunca es satisfecha.

La violencia se explica como una constante en la historia —como su partera—; como un hecho inevitable. El asesinato es un acto tan rotundo e irreversible que lleva al incauto a suponer la existencia de sólidas razones que explicarían el crimen. Mata, luego algo poderoso ha de moverlo. La violencia termina siendo el argumento; termina convirtiéndose en ideología. Su existencia termina demostrando la existencia del problema que presenta como causa. Existe problema vasco porque existe ETA. ETA existe porque existe problema vasco. A través de esta transgresión, la violencia logra acomodarse de forma descarada o sutil; en la apología del terror o en su justificación más moderada.

La violencia se interna en toda la tradición racionalista y hegeliana que concibe el decurso histórico en función de un fin no sólo imaginable, sino necesariamente deseable. La transgresión más sólida desde un punto de vista ideológico —transgresión de indudables consecuencias morales— es la que la violencia hereda, asimila y reproduce en torno a una determinada concepción ideológica sobre los derechos humanos. Éstos son proyectados por la violencia en una relación manipulada, que equipara cualquier derecho con cualquier otro, de tal forma que al final los derechos colectivos terminan situándose por encima de los individuales, y el derecho a la vida subordinado a los demás derechos.

La idea de que un acto de violencia sólo puede obedecer a poderosísimas razones está tan arraigada entre todos nosotros que tendemos a conceder a los violentos el beneficio de una justificación. Es el poder alienante de la violencia. La violencia proyecta una mezcla de hechos y ficciones que terminan enredando al más cauto, convirtiendo lo real en inevitable, condenando a las víctimas al olvido y obligando a todos a desentrañar el enigma que encierra la espiral, a participar en un juego verdaderamente diabólico. Uno de los aspectos más significativos que aparece en el discurso de la violencia es esa mención a la necesidad de una *solución real* para terminar con el *conflicto*. De tal manera que —se les conceda lo que se les conceda— siempre podrán argüir que la solución propuesta por los demócratas

no es la *real*. La reivindicación de una *solución real* no pretende hallar una salida al *conflicto*, sino argumentar de forma descarnada los hechos de la violencia: advierte que lo *real* es que se mata; es que se va a seguir agrediendo y matando hasta no se sabe cuándo.

La violencia ha alienado al nacionalismo. La relación que existe entre la violencia y el nacionalismo se presenta a menudo en su versión más mecánica, como si el terrorismo no fuese más que el reflejo sangrante de la intolerancia presente en el *ismo* nacional. E incluso como si la violencia de ETA fuese digna heredera del mensaje doctrinario avanzado por Sabino Arana hace ahora un siglo. Sin embargo, lo destacable no es tanto eso como la manera en que el nacionalismo democrático, gobernante desde que se recuperaron las libertades, echa mano de la existencia de la violencia para argumentar su propia existencia. La violencia de ETA surgió del seno del nacionalismo, pero no como el resultado inevitable de un proceso de ideologización extrema: surgió por casualidad. Sin duda el nacionalismo le ofrecía bases doctrinales más propicias para el exclusivismo y la intolerancia, para el establecimiento de un milenarismo armado. Pero los actos de violencia acumulados a lo largo de treinta años han supuesto una mutación del nacionalismo vasco en su conjunto, dado que gran parte de él ha pasado de considerar que *Euskadi es la patria de los vascos*, a actuar como si la patria de los vascos fuese *el conflicto*, espacio natural en el que se realiza la nación vasca, y a través del cual se barema la autenticidad del abertzalismo. No es que las referencias al enemigo exterior permitan cohesionar el interior. No es sólo eso. Sino que no es posible hallar fuerza *cosificadora* más potente que la violencia ejercida contra los otros convertidos en *lo otro*. La violencia aliena la conciencia de muchos nacionalistas, y la actitud política del nacionalismo en su conjunto. Y cuando el propio nacionalismo gobernante se encuentra ante la disyuntiva de superar esa enajenación o acomodarse en ella, sólo cuando el terror arrecia se decide por lo primero, pero en su actuación general prefiere seguir jugando a la ambigüedad que le permite lo segundo.

Pero además de procurar una transgresión ideológica, la violencia de ETA ha establecido su propio código ético. Dicho código constituye su protección última, su forma última de cohesionar a los sectores que la arropan, y su verdadera coraza frente al resto de la sociedad. Esa coraza no permite que los valores del exterior penetren en el interior de la espiral violenta, pero favorece que la ética de la violencia penetre en el conjunto de la sociedad. La violencia, cuando aparece como idea, incluso antes de hacerse realidad, nace acompañada de tal carga de mala conciencia, de culpabilidad tal que precisa

tranquilizar la conciencia de sus primeros protagonistas en torno a la máxima de que *el fin justifica los medios*. La violencia no se siente segura, necesita argumentarse, explicar la necesidad de su propia existencia especialmente frente a otras éticas. Hasta que los fines y los medios terminan confundándose, y los medios —la propia violencia— se convierten en único fin. Antes, y en un segundo nivel de argumentación, la violencia argumentará que *determinados fines exigen la utilización de determinados medios*. La rotunda irreversibilidad de los actos de violencia autentifican que el fin deseado se conquiste de verdad, sin posible reversión.

A menudo calificamos esta violencia de la que estamos hablando como barbarie. Pero en realidad es un fenómeno genuinamente moderno, en el sentido de que estamos hablando de un fenómeno que penetra en el grupo de valores fundacionales de lo que podemos denominar modernidad o tradición democrática moderna, instrumentalizándolos. Penetra en la creencia de que es posible destruir el sistema para construir uno nuevo sobre las ruinas del derruido. Su carácter purgativo penetra en las ideas regeneracionistas hasta llegar a autoerigirse como única fuerza capaz de lograr el *hombre nuevo*. La percepción iniciática de la maldad intrínseca a la violencia se amortigua transfiriendo hacia las injustas condiciones históricas o sociales la causa del mal, es decir, hacia un mal anterior y superior a la violencia que es presentado como objeto directo de ésta.

La violencia establece que hay vidas humanas más valiosas que otras. Esas comparaciones llevan hasta el extremo el código ético relativista, situando el valor de cada vida humana particular en función del papel social que desempeña esa persona respecto a un modelo previamente establecido. Cuando dichas comparaciones se dan en el límite entre la vida y la muerte, aparece el héroe-mártir, y el romanticismo revolucionario enseña su verdadera faz; la *meritocracia* se vuelve desprecio al derecho a la vida en general y, en particular, se convierte en necrofilia ligada a la liturgia violenta. Como *verdad revolucionaria* se da por supuesto que la vida del oprimido vale más que la del opresor, la del pobre más que la del rico, la del oficial de policía menos que la de cualquier ciudadano. Las vidas ejemplares, las más valiosas, son las de los violentos. Las despreciables, las de sus víctimas. Pero unas y otras terminan siendo objeto del poder *cosificador* de la violencia.